

Latidos

Constructivo Altaió

SERGIO VILA-SANJUÁN

Resulta fácil hacerse una idea equivocada de Vicenç Altaió. Con sus americanas amarillas, sus sombreros claros y esa atrevida coleta de viejo rockero, hay quien cometería el error de reducirle a la categoría de personajes llamativo. Cuando le conocí, hace más de veinte años, en sus intervenciones oratorias y en sus artículos ya utilizaba ese tono barroco y a veces casi impenetrable que le vincula a la tradición de Eugeni d'Ors, Dalí y Pujols. Yo, que soy de formación clásica, al principio tenía ciertas dificultades para entenderle. Pero a lo largo de los años he podido comprobar que este poeta, ensayista y gestor cultural nunca da puntada sin hilo, y que sus meándricas intuiciones suelen ir cargadas de sustancia.

Altaió ha comisariado exposiciones, como el *To be or not to be* de 1990, por donde desfilaron figuras internacionales –Thomas Ruff, Cindy Sherman, Sandy Skoglund– que luego hemos visto hasta en la sopa. Lideró publicaciones culturales alternativas y para una de ellas, *Àrtics*, ideó un final wagneriano, convocando a sus lectores a acercarse hasta la Sagrada Familia para insultar creativamente las esculturas de Josep Maria Subirachs, entonces en el centro de la polémica. Podemos hoy discutir si la voluntad de detener las obras del templo era o no acertada, pero como chispazo conceptual, aquel insulto colectivo, que Altaió vinculaba a las estrategias modernistas de aplaudir el amanecer, fue de primera. Tras el sonado evento se hizo cargo del Año Miró.

Altaió es, en lo estético, un vanguardista, y en lo político, un nacionalista. Pero ninguna de estas militancias le han llevado, en sus quehaceres públicos, al dogmatismo ni al sectarismo característicos de nuestros lares. Al contrario, se trata de un aglutinador constructivo, una de esas personas sin las cuales la cultura catalana reciente sería mucho más gris y más pobre.

El Centro de Arte Santa Mònica fue creado por la Generalitat en los años 80. Su primera etapa, bajo la dirección de Josep Miquel García, se centró sobre todo en mostrar la creación catalana de las últimas décadas desde una perspectiva relativamente pluralista, y en recuperar trayectorias de peso, como la de los surrealistas locales (algo, por cierto,

a lo que las entidades públicas parecen haber renunciado últimamente, confiando que se encargue la Fundació Vila Casas, véase el Centenario Clavé). Después, bajo la dirección de Ferran Barenblit (2003), Santa Mònica entró en la dimensión desconocida, con una programación minoritaria de artistas afines que ahuyentó eficazmente al espectador. Bajo la dirección de Altaió y su equipo, el centro ha resurgido con brío desde el 2008. En buena medida lo hizo al principio como una versión "low cost" del CCCB, que suplía la insuficiencia económica con imaginación y propuestas temáticas abiertas: a la indagación estética sumaba conceptos literarios y del mundo de la comunicación. Y el resultado ha sido muy estimulante, con exposiciones como las dedicadas a Quim Monzó, Eugènia Balcells, Agustí Centelles ("Campo de concentración de Bram"), el joven Barceló, fotos de Sert, Cirlot, Claret Serrahima, el archivo del corresponsal de guerra García Planas, pintura figurativa de Julio Vaquero...

Cuando este mes hemos visto cómo se desmontaba el equipo directivo de Santa Mònica, al igual que hace un año y medio se hizo con el CCCB, con recambios de dibujo menos vigoroso, experimentamos cierta inquietud por las perspectivas de estos centros que han sido de referencia, y recordamos la sabia norma clásica: "si funciona, no lo toques".



Vicenç Altaió

MARC ARIAS